

## **21 Solidaridad en un mundo multipolar**

*“Primero te ignoran. Después se ríen de ti. Luego te atacan. Entonces ganas.” Mahatma Gandhi*

“Usted forma parte de las personas que están presas de la realidad y piensan que se debe estudiar la realidad cuidadosamente para encontrar soluciones. Pero el mundo ya no funciona así. Ahora nosotros somos un imperio y cuando nosotros actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras usted todavía está meditando acerca de lo que está pasando, nosotros volvemos a crear nuevas realidades. Así funciona. Hacemos historia – y a usted no le queda otra cosa que estudiarla.” Ron Suskind, periodista del New York Times, debió tomar conocimiento de esto en un reportaje a un “asesor de alto rango” del presidente George W. Bush (reproducido en: Kleber 2005: 273).

Esta cita es muy característica para la situación política mundial a comienzos del Siglo XXI. En el transcurso de las décadas pasadas, los Estados Unidos habían dividido el planeta de acuerdo a sus propias esferas de interés y enviado Fuerzas Especiales norteamericanas a más de cien países con el objetivo de defender esos intereses a cualquier precio. “Por cada kilómetro cuadrado de superficie terrestre”, así describe el autor alemán esta realidad, “se hace responsable uno de los cuatro *commanders* (...) La cabeza del Comando Pacífico en Hawái, por ejemplo, de cuya existencia casi nadie sabe en Europa, tiene mando sobre 300.000 soldados, vigila 43 países en once husos horarios, cuatro de los ejércitos más grandes del mundo y el 69% de la población mundial (...) Sus otros tres colegas –dos de ellos son todavía más influyentes que él– se reparten el resto del mundo. Sus interlocutores son los jefes de gobierno. Los *commanders* son comparados por buenas razones con los procónsules del Imperio Romano” (op.cit.: 270).

La perorata de un asesor de George W. Bush reproducida al comienzo da prueba de soberbia y arrogancia. Podría rechazarse como imbecilidad, si no fuera que fue contada en la Casa Blanca, el asiento de gobierno del jefe máximo de la Potencia N° 1 del mundo. Pero por suerte, como señala Kleber, las grandes potencias también cometen grandes errores (una “suerte” que, sin embargo, se convierte casi siempre en desgracia para un sinnúmero de afectados directa o indirectamente). Alguna vez “se verá si Estados Unidos puede hacer torcer el universo en torno suyo, como lo hacen las grandes masas de acuerdo a la teoría física de Einstein” (op.cit.: 274).

Todavía en 1991, el padre de Bush con la misma autosuficiencia había podido afirmar en un discurso sobre el estado de la Nación y la Guerra del Golfo desatada en ese momento, que de todos los países del mundo “sólo los Estados Unidos tienen tanto la armazón moral como también los medios” para satisfacer el viejo anhelo de un nuevo orden mundial. “Somos la única nación del planeta que puede reunir las fuerzas de la paz” (citado en: Hinkelammert 1999: 29). Pero junto a todo el poder imaginativo, también los imperialistas más grandes no

sólo pueden cometer graves errores y tienen que superar duras derrotas, sino que la evolución política internacional y económica mundial puede transitar –contra lo que para ellos era de esperar– en una dirección muy diferente y hacer madurar frutos amargos. Una evolución de efecto dominó que se sustrae inesperadamente de la influencia de los pocos cientos de familias (entre ellos el clan Bush) que dirigen los acontecimientos con ayuda del Council on Foreign Relations (CFR) y de la Comisión Trilateral, de todos sus asesores, expertos, asociaciones secretas y redes.

El centro actual del poder global empalidece a ojos vistas (comparar con Silver y Arrighi en: Demirovic 2011: 211-228). El origen de esta decadencia, como se demuestra en el estudio aquí citado, debe buscarse en “leyes” que evidentemente el capitalismo no puede eludir. Pero el origen también está en la falta de discernimiento entre los poderosos de que el propio establo de Augías debería ser limpiado de déficits y deudas, si es que el sistema debe tener una mínima chance de superar una vez más la multifacética crisis actual y postergar nuevamente un colapso sistémico.

Simultáneamente, en diferentes regiones del planeta, se perfilan nuevos países denominados emergentes, con lo que crece la posibilidad de que, tarde o temprano, estemos dominados por una estructura de poder multipolar. “Estados Unidos no hace nada por producir bienes y exportarlos para financiar y amortizar sus deudas”, comprobó Jacques Attali (1991: 55) ya hace más de dos décadas. “El culto a la satisfacción inmediata, el sentimiento de autosatisfacción, la falta de solidaridad social – todo refleja a un país que traiciona los ideales por los que es admirado en todo el mundo.” Desde entonces estos síntomas se han intensificado inconteniblemente hasta indicios cada vez más claros de una bancarrota inminente.

En los Estados Unidos, pero también en Europa y Asia hay cada vez más personas que viven de rentas de todo tipo: de dineros ganados por sí mismos, ahorrados y así convertidos en pensiones totalmente legítimas los unos; otros, por el contrario, de los intereses de gigantescas fortunas que sus antepasados acumularon con métodos comerciales cualesquiera (y que ellos a lo mejor heredaron libres de impuestos), o de las ganancias de inversiones especulativas.

De igual forma, también los países ricos del Hemisferio Norte, gracias a la mecánica del sistema capitalista, se convierten cada vez más en “países rentistas”. Viven de la renta global que arrojan sus múltiples inversiones en todo el mundo, mientras ellos mismos tienen que lidiar cada vez menos con los esfuerzos de los procesos productivos. Las diferentes etapas de la producción se tercerizan cada vez con mayor frecuencia; de la “casa matriz” –la central de la empresa transnacional– a otras empresas (sólo formalmente) independientes, de éstas a subcontratistas, que a su vez cumplen contratos parciales y los delegan a trabajadores en domicilio de ambos sexos y cualquier edad. Por esto, en los países en desarrollo y en las zonas más pobres de los países emergentes, cada vez más seres humanos trabajan prácticamente como esclavos. De esta manera, las empresas transnacionales tienen el proceso productivo completo bajo su control sin ensuciarse las manos. Por otra parte, también se externalizan (*out-source*) procesos industriales, justamente en el área de la industria pesada, que ocasionan graves daños ambientales en los países anfitriones, generalmente subdesarrollados o emergentes.

En los países ricos, innumerables organizaciones privadas, religiosas y estatales intentan, en efecto, equilibrar los costos sociales y económicos de este bruto sistema capitalista con todo tipo de programas de ayuda para el desarrollo y de cooperación técnica. La mayoría predominante de tales iniciativas, sin embargo, se agota en medidas caritativas y proyectos que, en realidad, tienen carácter de coartada, porque ni siquiera rozan las verdaderas raíces de la pobreza en el Tercer Mundo.

“De los 30 mil millones de dólares que recibió Bangladesh en los últimos 26 años en concepto de ayuda para el desarrollo, tres cuartas partes nunca llegaron al país en forma monetaria. Arribaron aquí en forma de ayuda material de todo tipo y se utilizaron para el pago de asesores, socios comerciales y expertos. Algunas naciones ricas aplicaron los medios de la ayuda para el desarrollo para ocupar a su propia gente y vender sus propios productos.” (Yunus 1998: 40). Situaciones parecidas se presentan en muchos otros países en desarrollo. También el hecho de que algunos “países donantes” ricos en las últimas tres décadas trasladaran el peso principal de sus acciones (lo que en sí debería saludarse) a la “ayuda para la autoayuda” no debe llamar a engaño: sólo en casos muy excepcionales la ayuda para el desarrollo se atreve a sacudir los cimientos de la injusta política comercial y financiera del acaudalado Norte en todo el mundo (Rey 2006: 237-244).

Que en los últimos años haya surgido resistencia contra estos abusos en la relación entre el centro y la periferia, entre el predominantemente rico Norte y el Sur, prisionero del estado de subdesarrollo, es uno de los rayos de esperanza del presente. El movimiento de aquellos que critican semejantes formas inescrutables de globalización e intentan revertirlas crece inconteniblemente. En muchos lugares surgieron organizaciones de base y grupos académicos, que estudian las evoluciones malogradas en el desarrollo a nivel mundial, reconocen la injusticia en las estructuras actuales del comercio y economía mundiales y quieren actuar en consecuencia para ayudar al Tercer Mundo a hacer valer mejor sus derechos. Por lo demás, desde hace varias décadas, la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) se ocupa insistentemente de este gran conjunto de problemas.

Este movimiento, de cuyo programa, modo de funcionamiento y organización me ocuparé más extensamente en el epílogo de este libro, debe iniciar procesos recíprocos de búsqueda, acercamiento, entendimiento y comunicación desde su propia diversidad y continuar desarrollándolos cada vez más para posibilitar el surgimiento de un “bloque transnacional hegemónico” de fuerzas opositoras (Bader et al en: Demirovic 2011: 26). El aglutinante entre ellos será la convicción de que sin solidaridad y justicia no podrá haber ninguna evolución humana en el futuro.

En relación a esto, Ulrich cita (1997: 170) a Adam Smith, uno de los cofundadores del liberalismo económico: “Justicia (...) es el soporte principal que sostiene todo el edificio. Si se elimina este soporte, toda la inmensa, formidable construcción de la sociedad humana (...) se derrumbaría en un instante desintegrándose en átomos.” El profesor de ética económica agrega (op.cit.: 172) que, con esta convicción, Smith “está totalmente inmune a cualquier inclinación al radicalismo de mercado o a la generalización tecnocrática del ‘libre mercado’

como panacea de todos los males de la organización social en su conjunto, tal como es característico para los neoliberales y ultraliberales radicales del siglo XX.”

Stückelberger (2001: 57ff.) en su ensayo sobre ética en el comercio internacional resalta no menos de diez aspectos de la “justicia como valor básico”. Aquí sólo les pasaremos revista y donde nos parezca necesario, aclararemos sucintamente: equidad por rendimiento (dar a cada persona lo que le corresponde por la prestación brindada), justicia en cuestión de necesidades básicas (por una vida digna), justicia distributiva, equidad por igualdad de trato y de chances, equidad participativa (participación justa y adecuada en las decisiones de todos los afectados por un proceso económico), justicia ecológica (aprovechamiento duradero y distribución equitativa de las cargas), equidad en el emplazamiento (justa ubicación de los factores de producción), equidad en las relaciones (ver al socio comercial como un sujeto humano), justicia en los procedimientos (procedimientos previsibles, jurídico-estatales, públicos y privados controlados, transparentes, libres de corrupción y procedimientos limpios en las relaciones comerciales) y, finalmente, justicia coordinada (ya que ninguno de los conceptos mencionados implica justicia por sí mismo).

Después de la iniciativa llevada a cabo en ocasión del cambio de milenio y en opinión de muchas personas que se ocupan del problema del subdesarrollo, un paso insoslayable al servicio de una justicia de alcance mundial sería otra condonación de deuda parcial o, en algunos casos, total para los países del Tercer Mundo. Según Stückelberger (op.cit.: 197) la condonación “debería estar conformada de tal forma que la deuda restante respete la seguridad de existencia de la población afectada (valor básico: subsistencia), que aminore las causas (valor básico: sostenibilidad), que deudores y acreedores asuman su cuota de responsabilidad por el endeudamiento (valor básico: responsabilidad) que los deudores se favorezcan más que los acreedores de las medidas de condonación y que las generaciones futuras sólo deban hacerse cargo de una deuda que realmente puedan soportar.

El argumento frecuentemente esgrimido por círculos conservadores de que de la trampa de la deuda sólo se sale a través del crecimiento (NZZ, 27.6.2009), puede tener validez teórica y práctica hasta cierto punto. Justamente las últimas experiencias en la mayoría de los (viejos) países industriales ricos sugieren que esta “regla” quedará derogada muy pronto por la fuerza explosiva del endeudamiento descontrolado, incluso para los sectores privilegiados de la sociedad mundial. Entonces sólo se pueden aplicar medidas drásticas y dolorosas como la reconversión, la refinanciación y la reducción de deuda, donde tanto acreedores como deudores se ven obligados a tremendas concesiones. En casos extremos, por ejemplo en países como Haití, totalmente desahuciado, o algunas naciones más pequeñas del África negra, sumidas en la miseria y el hambre, me parece absolutamente ineludible y justificado un renunciamiento completo por parte de los financistas y acreedores.

La alternativa a la hegemonía de los Estados Unidos que lleva casi 100 años, sólo puede ser una política solidaria en medio de un mundo estructurado de manera multipolar. En este “Nuevo Mundo” debe extirparse radicalmente, en primer lugar, la práctica ampliamente difundida entre las transnacionales de la manipulación de precios en las transferencias (exportaciones e importaciones, entre otras que ellas suelen hacer). Por eso Ulrich solicita un “acuerdo interregional de principios fundamentales de liquidación y compensación con vistas

a un comercio limpio tanto como a la implementación de estímulos para estándares de producción ecológica y socialmente sustentables” (1997: 391).

Como un instrumento especialmente importante para la construcción de relaciones equilibradas y, por lo tanto, justas en la distribución global de la riqueza debe extenderse a nivel global la práctica de la compensación financiera, tal como existe en Suiza entre cantones y hacia el interior de los cantones también entre municipios y, con algunas variaciones, en Alemania, Austria y otros países. Esto no debe quedar en desplazamientos de dinero de naturaleza caritativa o que sirvan de coartada, sino que se deben identificar problemas estructurales en la economía y en el comercio mundiales, atacarlos de raíz y eliminarlos con el empleo de medios generados, conseguidos y administrados multilateralmente, por ejemplo, a través de un impuesto global a las transacciones financieras.

Tales fondos de compensación deberían estar controlados por comisiones, dirigidas por expertos reconocidos y convencidos de la necesidad de reformas radicales. Ellos serían los responsables para diagnosticar estructuras y mecanismos malogrados e injustos en el intercambio internacional, evaluar los daños y tomar medidas para su reparación a favor de los damnificados. Por otra parte, estas comisiones también podrían ocuparse de identificar proyectos delirantes, demasiado caros y socialmente inútiles (“elefantes blancos”) y de impedir su realización para evitar daños a toda la economía y la sociedad en los países respectivos.